

BERNARDO CHANDÍA
EVOCACIONES DE UN DIOS CANSADO,
Mercado Negro, Santiago, 1998

Con el título *Evocaciones de un Dios cansado*, nos trae Bernardo Chandía Fica su tercer libro. Antes estuvieron *Nadie está a salvo* (1992) y *Último barrio* (1995).

Es éste un poeta sin estridencias —“todo es rememoranza de pequeñas cosas”, dice—; no busca abrirse paso a codazos y cultiva su serena artesanía con entera responsabilidad. Su lenguaje es simple, sin rebuscamiento. Pareciera haberse quedado más acá, o tal vez sea que ya está más allá, de las búsquedas formales.

Cuando se nace, en Chile, en 1965, se tiene sólo 8 años el 11 de septiembre y no es extraño que las evocaciones comiencen con “La noche de los apagones” y se pueda decir que “había miedo, miedo que amaneciera”. Este poeta describe, es un historiador de su tiempo y espacio, y lo hace pulcramente y a modo de proposición de lo que pudiera haber sido, y es, el mundo. Chandía propone un espacio, lo dibuja encerrado como en un cuadro en que los elementos se equilibran y en donde hay melodías y sombras y, sobre todo, personas, el hombre y la mujer que se mueven en ese universo problemático.

Escribe Paul Valéry una carta al Director de la *Revista de Filología Francesa*, León Clédar, y la publica luego (año 1934) con el título “Los derechos del poeta sobre la lengua”. Habla allí de lo que llama “el uso general, es decir, inconsciente, y el uso poético de la lengua”. Explica: “La lengua hablada corrientemente es un instrumento práctico. Resuelve a cada instante problemas inmediatos. Su oficio está cumplido cuando cada frase ha sido enteramente abolida, anulada, reemplazada por el sentido” Y luego: “Pero, al contrario, el uso poético está dominado por condiciones personales, por un sentimiento musical consciente...”. Y agrega: “Aquí el lenguaje no es más un acto transitivo, un expediente. Al contrario, le es atribuido un valor propio, que debe reencontrarse intacto, a despecho de las operaciones del intelecto sobre las proposiciones dadas. El lenguaje poético debe conservarse sí-mismo, por sí mismo, y permanecer idéntico, inalterable por el acto de la inteligencia que le encuentra o le da un sentido”.

En medio del abundante y variado material poético que conocemos casi día a día en nuestra literatura, nos preguntamos ¿qué es lo poético? Esto, porque es lícito que reclamemos un instrumento que nos guíe en el dédalo —dédalo, eso sí, gozoso— en que nos hallamos. De seguir a Valéry, tendríamos por “poético” aquello que se proponga como un “valor propio”, más allá del “sentido” que la inteligencia le pueda encontrar o atribuir. Porque el poeta, y cito otra vez al gran escritor francés, “para actuar *por* el lenguaje, actúa *sobre* el lenguaje”. Y la poesía se mueve, otra vez Valéry, “en un sistema muy distinto que el de la lengua vulgar”, o común.

Decíamos de Bernardo Chandía: “lenguaje simple, sin rebuscamientos”. ¿Contradice esto lo que pide Valéry? ¿Es la simplicidad y carencia de rebusca-

mientos una transgresión a “lo poético”? Primero habría que precisar que al decir esto de nuestro poeta no estamos hablando de la búsqueda de legítimos “hallazgos”, o innovaciones, o juegos que quieran actuar “sobre el lenguaje”. No incumple Chandía, en este capítulo —creemos—, los preceptos valerianos.

Más bien debiéramos preguntarnos si la poesía de Chandía tiene un “valor propio”, más allá del sentido que, en su caso, él mismo confiere a cada una de sus piezas, o del que podemos nosotros, sus lectores, encontrarle o atribuirle. En otras palabras, si lo que nos trae Chandía, en éste como en sus anteriores libros, es válido en sí mismo y por sí mismo.

Una señal de que algo es poesía es... que no es prosa. Dicho así, parece obvio o ridículo. Pero esto que digo no tiene que ver con la versificación, el léxico ni la sintaxis de una obra literaria. Más bien se trata de una actitud. De dónde y cómo se pone el escritor para contemplar y dar cuenta... Y de qué dar cuenta. Es decir, cuáles son los *materiales* que conforman una obra. Allí donde cada persona ve, según sus intereses, sus especialidades, lo que significa y contiene, por ejemplo, un paisaje, el artista ve... el paisaje.

Veamos, a este respecto, el poema “Hay soledades”, que viene en estas *Evocaciones* de Bernardo Chandía.

Comienza el poeta por decirnos que hay soledades “que dejan de ser amargas”. Es decir, estamos hablando de una categoría especial de “soledades”. La particularización que opera la mirada del poeta ha privilegiado, ha distinguido, un tipo individual de “soledades” que se desprende, viviente, de un conjunto indiferenciado.

Y el poeta prosigue su tarea, caracterizando esta especie: “siguen su curso regular”, “se enquistan en la garganta”. Esta última línea nos advierte que no estamos ante un ejercicio de conceptualización, que en verdad al poeta no le interesa llevar hasta el extremo el despliegue de la categoría “soledades que dejan de ser amargas”, y que para conocerla y exponerla se vale de un recurso que no es el del lenguaje como “instrumento práctico”. Y por eso agrega que tales “soledades”: “se deshacen como lepra consumiendo horas y sueños”. Más aun, agrega: “son claveles negros en los ojos”.

Hasta donde yo sepa, nadie ha dicho, mucho menos en el terreno de la psicología o la sociología, que haya soledades que “son claveles negros en los ojos”. Ni tampoco se había atribuido a “los claveles” la condición de negros y con la función de ser “en los ojos” aquellas “soledades que dejan de ser amargas”.

Estamos, ciertamente, ante otra realidad que la de un lenguaje cuyo “oficio está cumplido cuando cada frase ha sido enteramente abolida, anulada, reemplazada por el sentido”.

La estrofa siguiente nos instala en el terreno del Yo: “Pero nunca se estará totalmente solo”. Es decir, Chandía parece refutar —con el uso del “pero” adversativo—, pero en realidad los argumenta, sus primeros cinco versos. Y explica: “a veces te salva un perro de mirada triste/ regamos una planta para que no muera/ recordamos el tiempo del bullicio y el amor”. Notemos, para no caer en extremas y cansadoras prolijidades, tan sólo lo que se dice de “una planta”. Porque el poeta no la riega con otro propósito que “para que no muera”. No, para que nos encante con su aroma, su forma o sus colores. Menos aun, para algún uso utilitario o mercantil: simplemente, “para que no muera”. Concedamos que ese acto de amor es todo menos prosaico. Es “la actitud” y son “los

materiales” del poeta: en su mundo, una planta es regada “para que no muera”. Es obvio que ese “para que no muera” lleva consigo una valoración, una opción por la planta, y el reconocimiento de méritos que la hacen digna de tal preocupación que, en el fondo, es una elección.

Y así, en los seis versos que componen la estrofa tercera y final del poema: “Entonces viene esa soledad que deja de ser amarga”, porque ya ha sido argumentada su posibilidad y “es el latido/ ese ritmo interno soplando el alma...”.

Este poema no es, ciertamente, un *tratado* ni pretende *agotar* el tema de la soledad. Pero nos ilumina mejor que un tratado y nos deja, más allá de la coherencia del discurso y la conceptualización implícita en él, el recuerdo y las sensaciones que van unidas a un bello, armonioso, desgarrador incluso a pesar de su tono de afirmación, *hecho* poético.

Y hasta aquí Valéry, y Chandía desde Valéry.

En estos poemas hay evocación dentro de la evocación. Porque el poeta evoca al hombre evocándose niño y al mundo evocándose otro tiempo. Y todo, el léxico, el ritmo, adecuándose a un contenido en que parecen sobrar los adjetivos (anotamos: “lengua fulminante”, “aliento trémulo” “pistas sofisticadas”, “catre oxidado y viejo”; adjetivos más bien de *carácter*, psicología de los elementos y no *cualidades* que se les agregara para determinarlos), porque todo es primario, elemental: está allí, simplemente.

Pero hay, también, un dramatismo que surge de la propia historia evocada, que no está lejos del presente. Y por eso dice en “Accidente”: “Puede pasar mucho tiempo/ antes que alguien se atreva a separar/ los fierros retorcidos/ o limpiar los sistemas rotos”. Desencanto, porque “Cuando tengas aquello/ que siempre has deseado” ... “Cuando estés cansada/ de tener tanto” ... “preguntarás/ ¿y ahora qué?/ ¿y ahora quién?”.

El poeta opone a la desesperanza evidente la convicción de una soledad sostenida por certezas como —ya citados: “...un perro de mirada triste” o que “regamos una planta para que no muera”.

Poemario intenso, en el que a veces el poeta parece haber perdido su serenidad ante las indiferencias y las insinceridades, y sólo tiene una “rabia por no tener más rabia/ y estrangular el silencio”. Es una “rabia de perro maltratado/ de paloma hambrienta”. Y tocamos, aquí, una de las cimas expresivas de estas “evocaciones” y comprendemos por qué estamos ante “un Dios cansado” cuya suprema sabiduría consiste “en saberse crucificado”.

Para el poeta, la poesía misma es un territorio tan real como la ciudad y las sombras que la transitan. Y en una de sus piezas más logradas, dice Bernardo: “La poesía ha enseñado/ que la oscuridad tiene luz propia,/ que cuando un hombre llora en un escaño/ y sus lágrimas tiemblan por sus mejillas/ también son lágrimas nuestras las que caen”. Duro oficio el de poeta y amargo territorio el de sus certezas últimas, porque “todo es relativo/ todo absoluto”, anda dividida la verdad en sí misma y pareciera que la peor parte de la condición humana es eso de saberlo y, por lo mismo, saberse. Como si ello le aliviara la carga, se hace responsable el poeta de esa verdad última y acepta: “Su dolor y fracaso nos pertenecen”. La humanidad se redime en el verso. El poeta ha cumplido su oficio y, más allá de sus propios dramas, de la lucidez de su mirada y la desolación de sus intuiciones, “nada importa/ si mis ojos siguen siendo humanos”.

En “Huida”, con extrema concisión, dice: “Huyo de la muerte y caigo en la

muerte,/ como un trompo ensangrentado/ doy vueltas”. Las imágenes de Chandiá son extraídas, de preferencia, de los territorios de la infancia. Nada mejor que ellos para simbolizar la precaria suerte del hombre, que busca anclar en alguna parte su vacío: “todo recuerdo es un pedido de auxilio”.

Celebro este hecho poético, que viene a instalarse en nuestras letras, e invito a tener de él la experiencia insustituible de acudir a sus páginas para hacer, con el poeta, las “evocaciones de un dios cansado”.

FERNANDO QUILODRÁN